

HANS BLUMENBERG

FUENTES,
CORRIENTES,
ICEBERGS

Edición de Ulrich von Bülow y Dorit Krusche

Traducción y notas de Griselda Mársico
con la colaboración de Uwe Schoor



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición en alemán, 2012
Primera edición en español, 2016

Blumenberg, Hans

Fuentes, corrientes, icebergs / Hans Blumenberg ; editado por Ulrich von Bülow ; Dorit Krusche. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2016. 342 p. ; 21 x 14 cm. - (Filosofía)

Traducción de: Griselda Mársico.
ISBN 978-987-719-100-4

1. Filosofía. 2. Metáfora. I. Bülow, Ulrich von, ed. II. Krusche, Dorit, ed. III. Mársico, Griselda, trad. IV. Título.
CDD 120

Armado de tapa: Juan Balaguer

Título original: *Quellen, Ströme, Eisberge*

ISBN de la edición original: 978-3-518-22469-4

© 2012, Suhrkamp Verlag Berlin

Todos los derechos reservados y controlados a través de Suhrkamp Verlag Berlin.

D.R. © 2016, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.
El Salvador 5665; C1414BQE Buenos Aires, Argentina
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar
Carr. Picacho Ajusco 227; 14738 México D.F.

ISBN: 978-987-719-100-4

Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - *PRINTED IN ARGENTINA*
Hecho el depósito que marca la ley 11723

ÍNDICE

<i>Nota sobre la traducción</i>	9
---------------------------------------	---

FUENTES/13

Paralipómenos	85
“Según una maledicencia...”	85
“La metáfora de la fuente...”	88
“Narciso no se reconoce...”	90
En la fuente de la teoría de los colores	91
Reproducciones 1-11	100

CORRIENTES/117

Paralipómenos	185
“La corriente es una metáfora...”	185
El investigador que nada con la corriente	190
“El tiempo no solo corre...”	196
“¿Qué valores informativos...?”	197
Fenomenología. ¿Límites de la metáfora de la corriente de la conciencia en el acto de voluntad?	202
Husserl. Metáforas elementales del “autoanuncio”: nube/suelo/fuentes/corriente	205
Fenomenología. Palágyi. Dentro del tiempo que fluye no fluyen intervalos para actos mentales (puntuales) ...	207
Fenomenología. Palágyi. Intermitencia: la conciencia como corriente hace imposible el tiempo y sería ¡¡¡la “manifestación en sí”!!!	208

“Intuición y carácter intuitivo...”	209
Reproducciones 12-19.	210

ICEBERGS/227

Paralipómenos.	274
El iceberg del fatalismo	274
La pregunta por el inventor.	276
El iceberg de fondo (la montaña de japoneses)	278
“¿Conocía Heinrich Himmler...?”	279
Roswin Finkenzeller	280
Reproducciones 20-31.	282
<i>Posfacio</i> , por Ulrich von Bülow y Dorit Krusche.	297
<i>Sobre la edición</i>	313
<i>Registro de fuentes</i>	321
<i>Abreviaturas y siglas</i>	337
<i>Índice de nombres</i>	339

NOTA SOBRE LA TRADUCCIÓN

Como señalan los editores en su posfacio, *Fuentes, corrientes, icebergs* es un proyecto inacabado. Respetando el principio general de edición del libro de no ocultar ese carácter, hemos mantenido algunos rasgos que lo evidencian, siempre que no afectaran la legibilidad del texto. Por lo tanto, no pocas veces el lector se encontrará, por ejemplo, con repeticiones léxicas y sintácticas, o con ciertas marcas de espontaneidad, perceptibles sobre todo en el nivel de la ilación discursiva.

La necesidad de garantizar la presencia de las metáforas estudiadas en las versiones de los materiales con los que trabaja el autor nos puso, en muchos casos, frente a la alternativa de modificar traducciones ya publicadas o retraducir los pasajes. Donde fue posible, citamos las traducciones existentes (en cuyo caso se hace la remisión con número de página en nota al pie); donde no lo fue, por lo general optamos por la traducción propia. De todas formas, en el registro de fuentes se consignan los datos completos de las traducciones al español.

También en consonancia con uno de los objetivos de la edición original está la decisión de traducir el contenido de las reproducciones en la medida en que fuera posible. Si bien se trata de materiales adicionales, no son simples ilustraciones: le permiten al lector una mirada al “taller” de trabajo de Blumenberg. Expresamos aquí nuestro agradecimiento a Dorit Krusche, responsable del legado de Hans Blumenberg en el Archivo Alemán de Literatura y coeditora de *Fuentes, corrientes, icebergs*, sin cuya ayuda hubiera sido muy difícil descifrar la letra manuscrita de Blumenberg y buena parte de sus siglas y abreviaturas.

FUENTES

Aun negándose a concederle a la 'crítica' la distinción de ser la capacidad más sublime del humano con respecto a sí mismo y a otros, habrá que atender de todos modos al fenómeno histórico de los grandes 'llamados al orden' y respetarlo. En ellos se manifiesta la facultad de autocorrección de la historia, aun cuando todavía no haya admitido el presupuesto de que ella misma en general es algo que se hace. Hay dos formas básicas de esos llamados al orden, raíces de todos los demás, que se pueden extraer cual preparados con toda precisión: el llamado '¡A las cosas!' (*ad res*) y el llamado '¡A las fuentes!' (*ad fontes*). El primero se liga con la disyunción de las cosas y las palabras, la realidad y el mero discurso, el realismo y la retórica; el otro está vinculado con la disyunción del origen y la decadencia, la autenticidad y la escolástica, el genio y lo epigónico, la pureza y la corrupción.

Si ambos llamados al orden jamás han sonado a la vez, no es porque siempre se haya tenido la impresión de que se excluyen mutuamente, que es la del observador histórico tardío. Más bien se creía que con uno de los virajes o correcciones ya se exigía o efectuaba también el otro. El retorno del humanismo de la Edad Media tardía a las fuentes de la Antigüedad, que para nosotros constituye el ejemplo más perdurable de uno de los llamados al orden, siempre estuvo sostenido por la conciencia de que con el rechazo de toda escolástica y su falta de contacto con la realidad, que es lo que implicaba aquel retorno, también quedaba restablecida o se podía restablecer la relación con la realidad, al entablar un vínculo directo con las autoridades antiguas de la escolástica. La experiencia básica de su corruptibilidad, es decir, del estado de los textos antiguos por obra de copistas poco sensatos, experiencia provocada por los manuscritos perfectos o menos corruptos que aflúan de

Bizancio, lleva al *pathos* de la demanda de textos no corrompidos o restaurables para relacionarse con la Antigüedad.

El llamado '¡A las cosas!' se nutre de su desprecio por las meras palabras y las intensificaciones retóricas incluso en el hecho de renunciar a la metáfora para su propio *pathos*. El llamado '¡A las fuentes!' es una metáfora y es la quintaesencia de una demanda que solo es posible en el plano retórico. Las fuentes siempre están perdidas, siempre quedan a espaldas de la historia. A lo sumo, en lugar de regresar a ellas se las vuelve a sacar a la luz, se leen los palimpsestos, se arriesgan conjeturas. La tradición dice que es una fuente donde se refleja Narciso porque eso refuerza la sugestión mítica de que la belleza de su imagen tiene que ver con la pureza del agua que se la devuelve; sin embargo, de una fuente pura el mítico pastor solo vería el fondo. Pero el fondo es precisamente lo firme donde la fuente nace, lo firme que ella abandona. Fuentes y fondos son fuerzas antagónicas. Contra lo que supone la filosofía trascendental de la religión de Rudolf Otto, el 'fondo del alma' de los místicos no será la 'fuente' o la 'raíz'. Muy a diferencia de la fuente de Narciso, el metaforismo de la fuente, incluido su olvido en el vocabulario técnico del historiador y del filólogo, solo guiará el pensamiento porque fluye. Si para una problemática "las fuentes son exiguas", el giro conserva el aroma del origen aun en el ambiente técnico hiperterminologizado, mientras que la crítica expresada en que sobre tal cosa "las fuentes no dicen nada" sencillamente lo ha perdido.

Las aguas no son todas iguales. Uno de los conocimientos de vida más simples al que, sin embargo, solo se accede tras larga experiencia. No por casualidad la duplicación 'agua de manantial' incita a imaginar una frescura incomparable. Y está la industria cervecera que ha creído poder asegurarse un refuerzo más al invocar el 'agua de manantial de roca' del sitio en el que está emplazada.* El manantial que nace en la roca, en la máxima esterilidad, no ha perdido del todo la connotación bíblica de lo milagroso.

* Alude aquí a una marca de cerveza alemana que tiene esa leyenda en su logo. [N. de la T.]

Una historia de vida puede dotar a las denominaciones lingüísticas de connotaciones que no son accesibles para el que está afuera. Por paradójico que suene, la lengua también genera la intersubjetividad intraindividual: no dejar que el yo actual pierda lo que ha vivido y experimentado el yo pasado que está desapareciendo. En sus memorias *All das Vergangene...* [Todo lo pasado...], Manès Sperber se ha servido de las expresiones para el agua para ilustrar la experiencia de toda una vida con las lenguas: la 'Woda' eslava estaba vinculada para él con lo que se extrae del pozo; 'Majim', en hebreo, con lo que brota de una fuente; y 'Wasser', en alemán, banalmente con lo que sale "de la canilla que un niño pequeño puede abrir y cerrar cuando quiere" (*Die Wasserträger Gottes*, Viena, 1974, p. 59).

No por casualidad en esta 'distribución' se puede captar también un orden oculto de las lenguas. Nadie escapa al romanticismo que encierra la palabra 'fuente'.

'La escuela de las fuentes' era el mote respetuoso dado a la generación de Ranke y sus discípulos por los historiadores de la generación inmediatamente posterior. La naturalidad con la que aquella había creído que podía extraer el hecho histórico directamente de las fuentes controladas por la crítica, liberadas de todo elemento interpretativo, fue sustituida por el lema: "El verdadero hecho no está en las fuentes" (Johann Gustav Droysen a F. Perthes, 8 de febrero de 1837, *Texte zur Geschichtstheorie*, p. 82). Es cierto que en el lema no se revela nada de la interpretación metafórica de la expresión 'la fuente', largamente establecida como término técnico; pero la oposición al uso ritualizado de las fuentes hecho por los antecesores también incluyó el redescubrimiento del horizonte metafórico de este concepto central. No es casual que esto haya sucedido en la obra principal de la nueva reflexión metodológica y de su tesis de que la tarea del historiador es entender: en *Histórica*, de Droysen.*

* Johann Gustav Droysen, *Histórica. Lecciones sobre la enciclopedia y metodología de la historia*, Barcelona, Alfa, 1983. Cabe aclarar que esta edición en español

Tras comenzar su tarea docente en Berlín en 1856, el autor de *Geschichte des Hellenismus* [Historia del helenismo] (1833-1853) había empezado a dictar clases sobre “enciclopedia y metodología de la historia” y a desarrollarlas para conferirles la autonomía de una ciencia de la historia. Precisamente porque un aspecto no menor era proteger la ciencia histórica de la fascinación abrumadora que despertaba el éxito de las ciencias naturales y de asegurarla en su autonomía es que era lícito llamar la atención sobre el trasfondo figurativo del concepto, activarlo incluso contra la absolutización histórica *de la fuente*. Esto permite, sobre todo, problematizar la indubitabilidad con la que la historiografía política había presupuesto que las fuentes reunidas en archivos dinásticos y administrativos eran, por haber sido depositadas y legadas conscientemente, la última instancia de interrogación de la realidad histórica para todo el porvenir.

El hecho de recurrir al campo ‘natural’ de la imagen de la fuente sugiere, con la misma ‘naturalidad’, la duda con respecto a su carácter de originaria. Se pretendía tener el permiso y el deber de ir más allá de la fuente para preguntar por lo que está detrás de ella: la voluntad que la creó y la legó, el conjunto de condiciones que la hicieron surgir. Así se haría necesario ampliar el volumen del material comprendido por el título de ‘fuente’ más allá del volumen del legado de acciones estatales creado conscientemente. La fuente como sistema metafórico central le sirvió a Droysen para ilustrar la pregunta por su origen y alimentación. En principio, también él tiene una concepción finalista: “En las fuentes han quedado transmitidas las cosas pasadas tal como las ha comprendido y les ha dado forma el entendimiento humano, con el fin de recordarlas” (*Grundriß der Historik*, ed. de R. Huebner, § 24, p. 333). El concepto de finalidad aparece por primera vez en la edición de 1882.

de *Historik* no incluye el *Grundriß der Historik* [Esquema de la histórica], al que se refiere Blumenberg más adelante, cuya tercera edición está incluida como apéndice en la edición alemana de la obra (véase el Registro de fuentes). [N. de la T.]

En la primera versión, que se había publicado en 1858 como manuscrito para los que asistían a las clases, la instrumentalidad de las fuentes no estaba expresada con tanta claridad: “En las fuentes han quedado transmitidas las cosas pasadas tal como las ha comprendido y expresado, les ha dado forma de recuerdo, el entendimiento humano”. Es evidente que no aparece un sujeto activo que se haya puesto como meta la transmisión. Pero el origen metafórico está tan atenuado que es posible establecer una conexión, totalmente incompatible, con la metáfora de la luz: “Las fuentes, aun las más exquisitas, solo le brindan [al investigador], por así decirlo, una luz polarizada” (§ 25, p. 334).

Con independencia de la voluntad que lega la fuente, y con independencia de cómo y con qué motivo se le ha dado su forma a la fuente, ya el hecho histórico mismo, del que la fuente no es más que un testimonio o vestigio, es “un complejo de actos de voluntad, con frecuencia de muchos actos de voluntad, que ayudan y que obstaculizan” (§ 28, p. 335). Es la crítica la que tiene que determinar cuál es la relación de los materiales disponibles con aquellos actos de voluntad pasados. La fuente, por lo tanto, es un producto que está situado para nosotros delante de los fenómenos históricos, la aparición de un sistema hasta entonces sin contornos para suministrar realidad a la teoría. Ahora bien, con este ‘terreno del que manan las fuentes’ se relaciona la vasta representación en la que Droysen, con una singularidad asombrosa, revela el vínculo metafórico del término y vuelve a ponerlo en vigencia: “La primera fuente no es la mezcla tumultuosa de opiniones, noticias, rumores simultáneos; ese es solo el proceso atmosférico que se repite a diario de los vapores que suben y se condensan, de los que salen las fuentes” (§ 34, p. 338).

El historiador que pretende rastrear y poner al descubierto el trasfondo último de los acontecimientos más allá de las fuentes encuentra la imagen de los vapores atmosféricos de los que salen las fuentes “como, por así decirlo, de los asuntos sale la historia” (*Texte*, p. 61). No todos ni cualesquiera son los asuntos de los que surgen las fuentes del historiador, sino solamente aquellos que “aparecen

como historia por un cierto modo de considerarlos, según ciertos criterios". En pos de su 'cualidad' histórica, es necesario seguir impulsando la imagen del proceso atmosférico: trascender las "precipitaciones hídricas de las que salen las fuentes" hacia los vapores, que contienen, en una distribución aún más fina y de un modo aún más imperceptible, lo que en las precipitaciones ya adopta un alto grado de perceptibilidad, y llegar, por último, a la metáfora de los climas en los que transcurren aquellos asuntos. Se pregunta metafóricamente por ellos: "Bajo qué presión atmosférica se desarrollaron las cosas" ("Zur Quellenkritik der deutschen Geschichte des 17. Jahrhunderts", en *Forschungen zur deutschen Geschichte*, vol. 4, 1864, pp. 13-55).

La presión parece aún más inasible que el vapor. Para Droyen, lo importante parece ser que el origen último del fenómeno histórico se pierda en lo indeterminado o incluso en lo infinito. A la vez, sus metáforas se sostienen en el conjunto homogéneo de la orientación; la imagen mantiene su consistencia. Hay un ideal que el historiador no puede alcanzar pero que expone lo que él de hecho hace y debe hacer a falta de un conocimiento más profundo o superior a la crítica de que sus materiales "no [son] las realidades mismas, ni siquiera fotografías de ellas, como las actas no lo son de las negociaciones", puesto que hasta el registro taquigráfico más cuidadoso de un discurso o de una negociación "nunca proporciona más que una máscara funeraria del suceso vivo" (*Texte*, p. 64).

En las lecciones de 1857 sobre "Enciclopedia y metodología de la historia", que subyacen a la posterior *Histórica*, todavía preponderaba la visión del problema de la génesis del material histórico como el problema de la relación entre el individuo y el Estado en tanto dimensión del sujeto que actúa históricamente. Pero esto dejaba sin efecto justamente la pregunta que se había hecho valer tanto contra Hegel como contra Ranke respecto de si el Estado es realmente el sujeto de la historia y si, además de eso, es incluso la medida que permite determinar qué es histórico y qué no. La óptica del historiador parece estar muy próxima a la del geólogo, que

examina los sedimentos de eras geológicas enteras sin llegar a pensar en los innumerables organismos que tienen que haberlas producido. La relación entre yo e historia es análoga: “Está en la naturaleza de la personalidad humana tener en derredor un tejido de todos los hilos de conformaciones morales, sin importar cuán finos o gruesos sean. En una repetición que se cuenta por miríadas, este hecho conforma la evolución del género humano, que continúa sin cesar. Cada individuo le ha dado forma a ese mundo microcósmico de su personalidad; y por diminuto y frágil que haya sido ese mundo, es lo que ha quedado de ella, como las conchas de los infusorios que, en un conjunto sedimentado, constituyen los grandes depósitos de creta” (*Texte*, pp. 13 y ss.).

Es asombroso que la justificación histórica de la existencia del individuo y su individualidad puedan ser expresadas con metáforas que por lo común describen justamente su insignificancia, su desaparición funcional en el anonimato: la colmena, el banco de ostras, la creta. Droysen pretende contrarrestar con las mismas metáforas el rango absoluto de la acción política del genio, de la personalidad singular, haciendo de la cualidad moral de la persona individual la sustancia que queda de la formación histórica. Es en primer lugar el trabajo infinito de los individuos lo que crea el nivel en el que la magnitud de los hechos y acontecimientos históricos se brinda a la óptica histórica: “Claro que viven y mueren miríadas sin que se recuerde su nombre. Pero al dejar una conformación de su yo, por pequeña que sea, están entre los innumerables átomos que, acumulándose unos sobre otros, tienen que subir como los Alpes para por fin sostener a aquellos que constituirán la cima y los audaces contornos de la altura” (*Texte*, p. 18).

Elevar el nivel para el proceso histórico hasta alcanzar la altura alpina es una de las direcciones de las metáforas del historiador; generar la pendiente para la dispersión histórica y para inundar los bajos es la otra. Este inundar significa que “la vida histórica, una vez que ha comenzado a bañar el globo, penetrará hasta las capas más profundas, moverá y elevará también esas capas”

(*Texte*, p. 24). Lo que se extiende de esa manera es la conciencia histórica, y lo que crece con ella es “el torrente de fuerza de la vida histórica”, que a su vez repercute sobre la conciencia histórica.

Como suele suceder con las rebeliones, la de Droysen contra el absolutismo de las fuentes parece captar y superar con suficiente claridad las limitaciones, pero no permite reconocer cómo serían los testimonios y las explicaciones, las problemáticas y los objetos de los que gozaría el conocimiento histórico en la nueva etapa. El correlato del conjunto de metáforas atmosféricas de las fuentes y las corrientes es el hecho de que se haga necesario tematizar las situaciones e instituciones, no los hechos y acontecimientos. Es en la época de influencia de Droysen que se acuña el rótulo de “historia cultural”, con el programa de una nueva eliminación de los límites del objeto histórico. Es característico de la función de la metáfora saltar de la fijación terminológica de una expresión a su horizonte imaginativo en el momento en que una disciplina supera el radio de su objeto largamente definido para volver a estipular a qué se enfrenta y con qué recursos pretende cerciorarse de tal cosa.

Bajo el rótulo de historia cultural, había llegado la hora de una ampliación casi irrestricta de lo que en adelante sería lícito llamar ‘fuente’. Pero en ese aspecto Droysen, con toda su disposición a ir más allá de las fuentes reconocidas por la disciplina, adopta una actitud de reserva: “No me resulta fácil empezar a usar el nombre de historia cultural. Es un nombre de un valor científico sumamente dudoso y de un rango de excesiva diletancia” (*Texte*, p. 27). La vida percibe, según Droysen, cada uno de sus presentes como “una gran red de situaciones”, como “promedio ideal del movimiento impetuoso de las configuraciones morales”. En esta perspectiva, el presente deviene algo más que una simultaneidad de hechos y datos de situaciones; deviene en igualdad de estilo.

La identidad de la impronta es el auténtico tema de una historia cultural. Para poder diferenciar esta apelación teórica a la unidad de la mera sumatoria de conocimientos provenientes de

distintas disciplinas especiales, Droysen nuevamente dispone de una gran metáfora, cuya imaginación desplegada permite distinguir entre lo dramático de los acontecimientos y la constancia silenciosa de las fuerzas que confieren la impronta. “Así como cada año el Nilo deposita con la inundación una fina capa de humus”, la historia cultural observaría “esos depósitos que dejan las mareas y anegaciones siempre nuevas del mundo humano: no cómo sube e inunda y vuelve a bajar la corriente, sino qué queda de ella, como suelo cultural y fecundación para una nueva cosecha” (*Texte*, p. 29).

Todo el complejo de metáforas del historiador Droysen se presenta como una retórica del oscurecimiento; Droysen se guarda algo que no nos revela; algo del orden de su devoción personal destinado a permanecer innombrado. Nos hace mirar en dirección a la cuenca de sus fuentes, más allá de la posibilidad de captarlas metodológicamente, pero a la vez sustrae esa cuenca de las corrientes a la competencia del historiador: la cotidianeidad de las opiniones y los relatos, de las noticias y los rumores, de los vapores que suben y se condensan, de la presión atmosférica variable de los climas no se tematiza en absoluto. La transgresión metafórica solo tiene la función de registrar lo que precede a las actividades de una disciplina en tanto proceso de formación de su objeto.

Ciertamente no es la crítica de la razón histórica en la que pensará Dilthey, pero sí la determinación de su objeto indicando una ‘cosa en sí’ que tiene que quedar fuera del horizonte de ese objeto. Por eso la historia cultural no es dudosa solo por deficiencias contingentes y subsanables de sus representantes; lo es en términos constitutivos.

Alexander Demandt, quien en su extenso estudio *Metaphern für Geschichte* [Metáforas de la historia] (Múnich, 1978, p. 189) apenas menciona el metaforismo de las fuentes de Droysen con la cita central de *Histórica*, resume acertadamente la peculiaridad de su retórica en una sola frase: “Droysen responde cómo llegan a sus aguas las fuentes históricas, y para ello hace referencia a un estado de la transmisión que todavía se sustrae al acceso”. En caso de

disputa sobre el dictamen metaforológico, habría que centrar toda la atención en la palabrita 'todavía'.

En un lenguaje especializado como el filológico-histórico, cuando se habla de fuentes prácticamente no se percibe la metáfora. Si por un acto inesperado de uso vacilante resulta audible que se la vuelve a 'tomar al pie de la letra', se quiebra un sobreentendido en el mundo de la vida de todos los que se sirven de ese lenguaje especializado. Vuelve a ser llamado a la vida algo que históricamente estaba dormido para siempre.

Uno de esos momentos se dio en las jornadas de la Fondation Hardt de agosto de 1957 sobre las "Fuentes de Plotino", cuando, poco antes de su muerte, Richard Harder, el magistral traductor de Plotino al alemán, tomó el tema del tratamiento que hace la filología de la expresión 'fuente' y señaló que se trataba de una metáfora, cosa que todos los presentes sabían, por supuesto, pero en la que nadie había vuelto a pensar desde tiempos inmemoriales (*Sources de Plotin, Vandœuvres, Ginebra, Fondation Hardt pour l'Étude de l'Antiquité Classique, Entretiens, t. v, pp. 327-339*). "Si alguna vez —dijo Harder— la ciencia de la Antigüedad comenzara a reflexionar sobre sus conceptos, sin duda habría que revisar tales metáforas, tanto las biológicas, como árbol genealógico y evolución, como las físicas, como causa y efecto." Harder reconoce que, con respecto al concepto de fuente, le provoca un cierto resquemor admitir que la metáfora no favorece precisamente el conocimiento del fenómeno. ¿Qué hace quien abreva en una fuente? Abreva, pero en el lenguaje del historiador lo que sale de allí después se denomina 'influencia'. ¿Y qué le ha ocurrido a la fuente en la que se ha abrevado? "El agua de la fuente es pura; quien abreva en ella la enturbia."

Quien recibe y absorbe la 'influencia' de la fuente refleja su cualidad de originalidad y pureza, pero —como en uno de los procesos metafísicos del neoplatonismo que Harder conocía tan bien— la autocomunicación de lo supremo no se produce sin rebajamiento y disminución, enturbiamiento o incluso corrupción. La paradoja de que las fuentes se enturbien al convertirse en corrien-

tes y que recién vuelvan a purificarse cuando las corrientes se pierden en el mar es la paradoja del propio efecto histórico. El duelo por la corrupción de las fuentes es el duelo del romántico, que en el fondo no puede haber querido la historia de este lado del Paraíso y de sus fuentes.

Las observaciones de Harder sobre el tema “¿Fuente o tradición?” estuvieron pensadas como introducción a su ponencia sobre “El todo antes de Plotino y en Plotino”, cuyo texto no se conserva. El acta del debate revela todavía lo molesto, si no incluso lo destructivo, que puede resultar llamar la atención sobre un trasfondo ya no percibido (esa función elemental de una metaforología). De pronto surge que la metáfora suelta es parte de un sistema de orientación y lo señala; al mismo tiempo, resulta que la supuesta evidencia de la metáfora asegura la latencia del trasfondo y la sustrae a la atención. En las objeciones que se le hicieron a Harder, se rechaza la perturbación de esa latencia.

Hans-Rudolf Schwyzer, que editó con tanto mérito a Plotino en cooperación con Paul Henry, admite que ‘fuente’ es una expresión mitológica, pero eso no significa que sea un concepto prohibido; alcanza con ponerse de acuerdo en cuanto a lo que se quiere decir. Pero precisamente ahí está el problema: la plausibilidad de la metáfora, su sugestión plástica, vuelve prescindible la necesidad del acuerdo previo y hace que todos crean que ya todos saben de sobra qué se quiere decir. Según la intervención, en el caso del expositor se tiene “por momentos la sensación de que ve fantasmas de las profundidades”. ¿De las profundidades vienen fantasmas? ¿O se trata de un tipo especial de fantasmas intelectuales? De todas formas, precisamente ese sería el tipo de fantasmas con el que tendría que enfrentarse el metaforólogo. La reanimación de la metáfora desde el término técnico trae de las profundidades su potencial de implicaciones, de connotaciones, que no se pueden intercambiar de manera arbitraria o desactivar con un acuerdo. Si bien se ofrecen constantemente, también puede ser que queden desaprovechadas hasta que alguien las necesita. En un trozo de retórica teórica, por ejemplo.

Por eso provocan rechazo tales ofertas implicativas de la metáfora. En el debate de Vandœuvres, otro investigador de la Antigüedad tardía, Willy Theiler, dice que él no usa “la palabra fuente [...] porque el uso consecuente de la imagen de la fuente conlleva dificultades lingüísticas”.

Quizás sea relativamente indistinto, continúa Theiler, qué “modos mitológicos de expresión” se emplean. Lo principal es “colaborar en la cosa”. Pero es que ese es el asunto: qué es ‘la cosa’ en cuyo trabajo habría que participar. ¿Existe la cosa sin un sistema de orientación en el que esté ‘integrada’, en el que se puedan captar sus relaciones, que son las que hacen de ella una cosa, sin las cuales solo sería un mísero hecho?

¿Y hablar de fuentes es realmente ‘mitológico’? Lo cual seguramente quiere decir: irrepetible, superado por el concepto y la razón, sin la cualidad vivencial accesible que puede detentar la metáfora. ¿No plantearía una objeción allí quien haya tenido alguna vez la experiencia de una fuente como algo asombroso? No es casual que sea el gran Wilamowitz quien considera importante en el relato de su vida el hecho de provenir de un lugar donde no había manantiales, solo venas de agua que pasaban muy abajo y a las que se llegaba con pozos con polea, y donde el maestro fontanero era una figura importante porque era el que podía encontrar la vena. “Me dio la impresión de un milagro cuando vi por primera vez una verdadera fuente y un arroyo murmurante en Turingia: era algo que solo conocía de los cuentos maravillosos y los poemas” (Ulrich von Wilamowitz-Moellendorff, *Erinnerungen 1848-1914*, Leipzig, s. f. [prólogo fechado en 1928], p. 16).

Alguien así tiene que haber prestado atención al momento de adoptar el uso técnico negligente que se le daba a ‘fuente’ en la profesión.

Otro de los filólogos importantes del siglo XIX da rienda suelta al enojo que le provoca la diligencia escolar de los simples partidarios de este o aquel, los “-anos”, conforme al título que le da a su dístico:

También brotan piedras de la fuente, que traba su propia salida;
 pero el esfuerzo redoblado pronto rompe la barrera.
 Jamás atiendas al manantial, su murmullo te confundirá;
 pero las piedras sí, tócalas, míralas y llévatelas.

[Steine auch sprudelt die Quelle hervor, sich hemmend den
 Ausgang;
 Aber die Schranke durchbricht bald die erhöhte Gewalt.
 Nimmer achtet des Quells, sein lautes Rauschen verwirrt euch;
 Aber die Steine, sie nehmt tastend und prüfend mit euch.]

(Theodor Gomperz, "Distichen", en *Essays und Erinnerungen*,
 Stuttgart, 1905, p. 226.)

La burla sola tal vez no ameritaría el registro, si no fuera porque entre los papeles póstumos de Theodor Gomperz hay una mirada más sobre la fuente, que tiene que ver con la gravedad de la historia, con su gravedad desconocida y además probablemente todavía no reconocible. Gomperz responde al editor del *Zeit* de aquella época, quien le solicita una reseña del libro *El Estado judío*, de Theodor Herzl.* La respuesta se publicó en la edición del 29 de febrero de 1896. Igual que el maestro Antonio de Hebbel, dice Gomperz, ante el movimiento sionista él ya no entiende el mundo "como para poder explayarme, como no sea con sonidos naturales de asombro y estupefacción", lo cual no le sirve a nadie. No por casualidad con sonidos naturales, porque lo que hace que ya no entienda el mundo es la contranaturalidad supuesta en el programa de Herzl de querer hacer desandar el curso de la historia. Es que el filólogo que va a las fuentes y se burla de los que en ellas solo encuentran piedras no puede creer que la propia historia —y no solo el historiador— pueda volver a sus fuentes. Eso lo hace estallar: "¡A tal punto se ha llegado! Se exige con toda seriedad que la corriente de

* Theodor Herzl, *El Estado judío*, trad. de Sigifredo Krebs, est. prel. de Alex Bein, Barcelona, Riopiedras, 2004.

la historia refluya hacia su propia fuente" (Theodor Gomperz, "Der Zionismus", tomado de *Die Zeit* del 29 de febrero de 1896, en *Essays und Erinnerungen*, Stuttgart, 1905, p. 196).

Una corriente que refluye hacia su fuente: toda la evidencia retórica del gesto de rechazo pende de la infracción de toda naturaleza que encierra esta metáfora.

"El observador alemán no está junto a la fuente." Leída aisladamente, esta fórmula es una síntesis demoledora de un siglo y medio de una relación especial, tan privilegiada como devota, del alemán con 'las fuentes', con descubrirlas, asegurarlas, explorarlas e interpretarlas. ¿Y ahora resulta que el observador alemán ya no está allí donde le correspondía estar?

Pero Walter Benjamin, en cuyo ensayo de 1929 sobre "El surrealismo"* la frase está casi al comienzo, agrega enseguida: "Esa es su oportunidad. Está en el valle". Y el valle es, en la época de la energía, un lugar más apropiado para observar lo que viene de la fuente en función de lo que importa: "Puede calcular las energías del movimiento". ¿Con qué fin? Para poder, en la "crisis de la inteligencia" entendida como crisis del "concepto humanista de la libertad", salir del estadio de los eternos debates y "llegar a la decisión a cualquier precio". Con lo cual también aquí, cerrando el panorama gráfico de fuente y corriente expandido al comienzo, queda pronunciada la gran palabra de moda de fines de los años veinte, la peligrosa combinación de 'decisión' e irrelevancia del precio. Es lo que en la existencialización intelectual asimila las opciones políticas extremas entre sí. Claro que lo que se necesita para la 'decisión a cualquier precio' ya no se encuentra junto a la fuente.

Consecuentemente, en las "corrientes intelectuales" lo que importa no es tanto la dirección como la pendiente. Esta debe ser 'lo bastante empinada' como para que "el crítico pueda instalar en ellas su central energética". Para el surrealismo, la pendiente resulta de la "diferencia de nivel entre Francia y Alemania". Quien

* Walter Benjamin, "El surrealismo. La última instantánea de la inteligencia europea", en *Iluminaciones I*, Madrid, Taurus, 1971, pp. 41-62.